



MOLINUEVO, J. L. (2004): *Humanismo y Nuevas Tecnologías*, Alianza Editorial, Madrid

Comento con verdadero placer y cierto retraso esta obra del profesor Molinuevo sobre la urgente necesidad de una reflexión multidisciplinar y profunda entre el ámbito de las Humanidades y eso que algunos “gurús” de la era digital han dado en llamar *cultura ciberdélica*.

Los nuevos escenarios en los que se dirime el ser y el deber ser de la condición humana diluyen lo real y lo virtual en un juego discontinuo de sensaciones en el que las categorías de espacio, tiempo y sustancia pierden su significado ontológico –y a caso semántico– en favor de un ser contingente, ubicuo y en permanente proceso de construcción.

De este modo, vivimos instalados en una “cultura de la sospecha” en una irrealidad de contornos difusos en la que no existe ningún referente al que asirse, ninguna “verdad que nos saque de dudas” más que aquella que nos confirma en la duda misma. Los tres relatos fundacionales de la condición humana: El del Génesis, el Platónico y el Nihilista, con los que comienza el primer capítulo de esta obra, tienen en común un discurso antropológico que concibe lo humano desde fuera de sí mismo. “No nos hablan de lo que el hombre es, sino de lo que le gustaría ser”. Por ello, a juicio del autor, cada una de estas concepciones, al ser repensadas desde las Nuevas Tecnologías, y en particular desde las prognosis digitalistas, dejan un escenario desolador: “Resulta imposible imaginar un futuro de lo humano”.

Frente a este callejón sin salida al que conducen los viejos modelos antropológicos, Molinuevo nos propone explorar una nueva vía; un *humanismo del límite* que en lugar de “ir con las tecnologías al límite de lo humano”, interprete los desarrollos tecnológicos desde la diversidad y complejidad de lo inherentemente humano.

A quienes compartimos un gusto por la ciencia ficción de calidad y por la filosofía casi a partes iguales, no nos dejará indiferentes el capítulo segundo de esta obra: *El futuro es “ya” lo que era*. Las preguntas de ¿qué es lo real? y ¿qué es realmente un ser humano? Se disipan como volutas de humo en los textos de Philip K. Dick y en la nueva caverna digital expresada en la trilogía de *Matrix*. Cuando el autor de *Ubik* afirma que la “realidad emerge cuando nuestras categorías ontológicas se colapsan”, está subrayando con radicalidad extrema el carácter rabiosamente inmanente de lo real. ¿Y si lo real no fuese más que una construcción humana nacida en el flujo de nuestras decisiones? ¿Y si se tratase –como en *Neuromante*– de esa alucinación consensuada propuesta por Gibson a la que damos el nombre de *ciberespacio*? Resulta que la *Nueva Caverna* ya no es sólo un mundo de sensaciones que reclaman referente y remiten a otro orden de lo real ontológicamente irreductible, sino una alucinación fuera de la cual no hay nada. En otras palabras, estamos ante el “el desierto de lo real” como límite de lo humanamente concebible.

La nueva lógica de los paraísos *cyber* es la de “un mundo reducido a imágenes” en el que importa “no solo lo que nosotros hacemos con las imágenes, sino lo que las imágenes hacen con nosotros”. Ya no hay un dentro y un fuera de la pantalla, un observador y un objeto fácilmente discernibles. La imagen se transforma en realidad líquida y ubicua en el “espacio interior de las sinestesias”, pues la experiencia perceptiva es también experiencia estética y moral. Importa la imagen vivida como experiencia extrema, vinculada a partes iguales con lo físico y lo cognitivo. De este modo, no sorprende la aseveración Ciberpunk de Leary de que “el ordenador es el LSD de los años ochenta”.

Esta hegemonía de la imagen sobre la palabra desmonta la vieja concepción esencialista, firmemente arraigada en la cultura Occidental, según la cual “somos la palabra”. Si la nueva construcción de identidades personales es de naturaleza icónica en lugar de textual, cabe preguntarse hasta qué punto –

y desde una teoría educativa- están preparados los modelos actuales de construcción del conocimiento para incorporar una pedagogía de la imagen como elemento nuclear en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Finalmente, la tercera parte del libro dibuja, desde una lógica de la sensatez, los diferentes escenarios en que debe asentarse la reflexión filosófica sobre el humanismo tecnológico. Lejos de las especulaciones alucinadas de Toffler, Kelly, Barlow y otros muchos “profetas de la red”, que vaticinan la disolución de lo humano en una especie de noosfera digital, cuyo embrión se adivina en la naciente Internet, o los juegos malabares de Moravec con su galería de máquinas inteligentes llamadas a sucedernos, se impone una visión integradora –quizá desde el “humanismo del límite”- que haga posible el diálogo interdisciplinar, tan necesario como urgente, entre las humanidades y la tecnociencia, salvando en el proceso los elementos irrenunciables de la dignidad humana.

Considero esta magnífica obra de Molinuevo un buen punto de partida.

Andrés A. García Manzano

© Ediciones Universidad de Salamanca.